

Día 14. Pacificador - perseguido por causa de la justicia

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre lleno de amor, que en tu Hijo Jesucristo, Príncipe de la paz, quieres que todos nos amemos como hermanos, danos tu Espíritu Santo para que él forme en cada uno de nosotros un corazón como el de Jesús, que siempre siembre a su alrededor el perdón y la paz.

MEDITACIÓN:

A vosotros los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica, A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? [...] Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos. (Lc 6, 27-32, 35)

Esas pocas palabras, «Amar a los enemigos», tal vez constituyan un buen resumen de esa forma de vida a la que nos invita el Señor en el Evangelio, y ante las que nadie queda indiferente. Muchos lo consideran una utopía, un hermoso imposible, y sin embargo sabemos que es el precio que nuestro Señor tuvo que pagar para sembrar en nuestro mundo las semillas de su reino de paz. Porque suena muy bien eso de tratar a los demás como queremos que ellos nos traten, pero cuando no se refiere ya a aquellos que nos quieren, sino a los que nos hacen daño, nos tratan injustamente, o incluso a los que simplemente nos caen mal... ¡cómo cambia la cosa!

Pero es cierto que el Señor nos llama a tener un corazón semejante al suyo, y el Corazón de Jesús es así: lleno de paz, de esa paz firme, inmutable, que no depende de que las cosas vayan bien, ni es solo un estado de ánimo, sino que es la paz verdadera que viene, por un lado, de la certeza del amor del Padre, y por otro, de su alegría por hacer siempre lo que al Padre le agrada. Y es que el Padre es así: Él es bueno, más aún, Él es el Bien, y lo es siempre: con los buenos y con los malos, con los que creen en Él y también con los que le niegan, con los que intentan amarlo y con los que blasfeman. De hecho, nos basta con ver cómo ha sido Dios con nosotros tantas veces en que le hemos traicionado, para ver que Él hace salir el sol sobre buenos y malos. Y lo vemos de forma concreta en la vida del Señor, pues Él no solo nos enseña de palabra, sino que es el primero en cumplir lo que nos pide, y en poner la otra mejilla.

Como nos dice el Papa Francisco en la *Dilexit nos*:

Un alma de veras amante de Dios, si mira al pasado, ve a Jesucristo trabajando, doliente, sufriendo durísimas penas «por nosotros los hombres y por nuestra salvación», tristeza, angustias, oprobios, quebrantado por nuestras culpas y sanándonos con sus llagas. De todo lo cual tanto más hondamente se penetran las almas piadosas cuanto más claro ven que los pecados de los hombres en cualquier tiempo cometidos fueron causa de que el Hijo de Dios se entregase a la muerte.¹

PROPÓSITO:

Enséñame, Jesús, a vivir el día de hoy no devolviendo mal por mal, sino venciendo el mal a fuerza de bien, para así sembrar en el mundo tu paz.

JACULATORIA:

Jesús, de Corazón pacífico, enséñame a devolver bien por mal.

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 155